

# Transición bloqueada. México 1970-2018. Elementos para la historia del presente

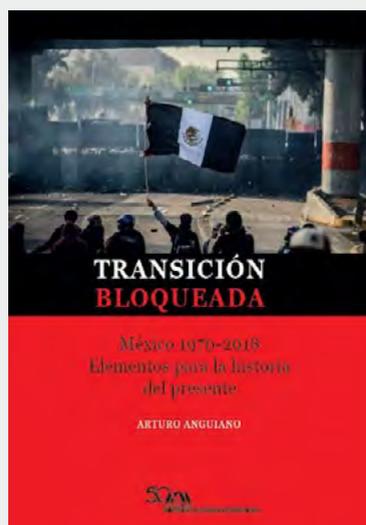
ADOLFO OLEA FRANCO

UAM-Xochimilco, Departamento de Política y Cultura.

Arturo Anguiano tiene una prolongada trayectoria como militante de izquierda e investigador de la realidad política de México, desde una praxis y una teoría sociales críticas. La tesis central de *Transición bloqueada* es que las luchas de las clases trabajadoras y de movimientos sociales diversos contra el sistema de dominación económico-política del capitalismo, han conducido a pensar que es posible, en la sociedad mexicana, una transición hacia una verdadera democracia, que constituiría la base para otros procesos más avanzados de conquista de los derechos del México de abajo, desde los obreros y campesinos hasta los pueblos originarios, las mujeres, los estudiantes, los sectores populares y otros. *Transición bloqueada*, desde luego, alude a los poderes que la impiden: el del Capital y el del Estado, con extensiones internacionales, ya que el país está sujeto a poderes extranjeros extraterritoriales. Una conclusión del texto es que la propia clase política profesional también bloquea esa transición.

La argumentación es muy sólida, coherente, se inscribe en el marxismo crítico, distinto del denominado marxismo occidental, de corte académico y ajeno a las luchas de los de abajo, sino inseparable de ellas y aprendiendo de sus aciertos y de sus errores, así como del modo en que tales luchas y las revoluciones socialistas han sido enfrentadas por el Capital y su Estado. Los planteamientos se caracterizan por la utilización de un vocabulario extenso, lo que hace más legible el libro y contribuye a develar las aristas múltiples de los procesos sociales.

*Transición bloqueada* compendia un largo trabajo de investigación. Algunos de los capítulos fueron escritos a lo largo de mucho tiempo, donde se retoman procesos que se extendieron por décadas. Es decir, fueron escritos conforme tenían lugar los acontecimientos expresados, y no pensados desde el presente en el que “ya sabemos lo que pasó”, sino al calor de las situaciones entonces vividas. Así, las predicciones sobre lo que podría ocurrir en el porvenir muestran que las reflexiones no son arbitrarias, que nacen de



una comprensión objetiva de las características de la economía del país y del Estado nacional. Quienes luchan contra el sistema, en particular en la esfera político-electoral, no son omniscientes, caen en ocasiones en sus trampas o parecen tener la meta de ser integrados, cooptados, de formar parte de la clase política.

Quienes, desde las cúspides del poder económico y político, hacen una y otra reforma política, sobre todo de carácter electoral, tampoco logran controlar todos los aspectos de sus estrategias y tácticas para mantener lo esencial del sistema de dominación, al tiempo que se da la apariencia de una apertura democrática, de una expansión del sistema de partidos políticos de Estado, del fin del llamado “carro completo” del PRI, que andando el tiempo, ante las luchas sociales en contra del Estado mexicano y de los patrones capitalistas, va perdiendo hegemonía, va compartiendo poder político, mientras que el económico, claro, permanece en las manos del capital financiero. La clase política se ensancha, se diversifica, pero las realidades que más importan para las grandes mayorías no cambian o cambian muy poco.

La oposición de izquierda al PRI-gobierno, la única realmente interesada en una verdadera transición a la democracia, no conservó sus rasgos anteriores a la asunción de cargos de elección popular ni a la recepción de cuantiosos recursos fiscales para realizar sus tareas partidistas, legalmente establecidas. Surgieron nuevos intereses, tuvo lugar la metamorfosis de los partidos, se aliaron los que se decían de izquierda con los de derecha.

La clase política, en conjunto, exhibe espíritu de cuerpo, se convierte en defensora del orden establecido. Esto vale para todos los partidos políticos que tuvieron registro oficial ante la Secretaría de Gobernación, luego ante el IFE y después ante el INE. Un político profesional salta de un partido a otro, según convenga, sin respeto a ningún principio ideológico ni a su trayectoria previa. Así, la manera en que está organizada la actividad electoral conduce a que los partidos políticos ejerzan el monopolio de la representación ciudadana. Anguiano aborda lo general y lo particular de ida y vuelta, regresa a asuntos tratados desde un punto de vista específico para cubrirlos ahora desde otra perspectiva. El hilo narrativo del texto se mantiene a lo largo de las páginas, ya que el autor tiene siempre en mente los asuntos esenciales a explicar. Inevitablemente esto conduce a excluir del análisis asuntos que desviarían la atención, sin aportar algo esencial a la tesis central de la obra.

Entre los aportes más importantes del texto, se cuenta mostrar cómo el sistema de dominación política y económica entró en crisis a consecuencia de las luchas obreras, campesinas, estudiantiles y de otros tipos. La hegemonía del PRI-gobierno, del Estado-partido oficial, fue desacreditada por el ejercicio sistemático de la represión armada por los gobiernos sucesivos del PRI, que perdieron credibilidad, hasta el punto que se debilitaron los mecanismos del control corporativo de los trabajadores de la industria y el campo. La pérdida de legitimidad de los gobiernos del PRI condujo a la sucesión de reformas políticas electorales, a partir de 1977. La intención fue abrir los cauces de las contiendas electorales a partidos que antes estaban excluidos. Se crearon las reglas para su registro oficial ante la Secretaría

de Gobernación y se fueron desarrollando los mecanismos para el financiamiento de los partidos reconocidos legalmente.

Simultáneamente, toda la oposición que no fuera de carácter electoral, más que ninguna otra la de los movimientos sociales radicales y la de las organizaciones guerrilleras armadas, fue blanco de la sangrienta represión de las fuerzas armadas, del espionaje y la infiltración, de cientos de desapariciones forzadas, de cárcel arbitraria, incluso para parientes de los guerrilleros. Pero también se reforzó el control corporativo de los sectores obrero, campesino y popular, a través de los liderazgos charros, establecidos legalmente desde fines de los cuarenta. Las protestas de los estudiantes universitarios y normalistas fueron también reprimidas. El único tipo de “oposición” que el Estado consideraba legal era de carácter electoral, pero no significa que se respetase el sufragio ciudadano, porque los fraudes continuaron año tras año, así como la represión, selectiva y masiva, de las protestas contra los fraudes electorales, sobre todo, pero no solo, en elecciones municipales.

La apuesta del PRI-gobierno, hasta que perdió la hegemonía, primero la mayoría en el Congreso de la Unión en 1997 y luego la presidencia de la república en 2000, fue reconducir, canalizar, las demandas sociales de justicia, democracia y libertad al terreno electoral: quienes triunfaran en las elecciones, supuestamente, harían posible la satisfacción de esas demandas. Los diferentes partidos de derecha, centro e izquierda que existían o se fueron creando, desintegrando y al mismo tiempo fusionándose entre sí, se tornaron contendientes electorales del PRI-gobierno. Los partidos de izquierda que antes tenían trabajo de base, organización y lucha en la defensa de las demandas de obreros, campesinos, sectores populares y demás, fueron gravitando hacia un trabajo cuya prioridad eran las elecciones federales, estatales y municipales, tan frecuentes en México que esta tarea llegó a saturar la agenda partidista. Así, año tras año, sexenio tras sexenio, la clase política partidista se profesionalizó. Con ello, inevitablemente, también cambiaron sus prioridades, sus metas y sus políticas de alianza. Cosas que no ocurrieron de manera inmediata, expedita, sino en correspondencia con las luchas sociales contra el sistema de dominación, señaladamente el alzamiento armado del EZLN el 1 de enero de 1994. Siete años después, abril de 2001, todos los partidos políticos representados en el Congreso de la Unión se unieron en el voto contra los Acuerdos de San Andrés, al imponer una reforma constitucional en materia de derechos y cultura indígenas contraria a esos acuerdos.

De manera sucinta, el libro contribuye a comprender las diversas luchas que se han realizado por conquistar la democracia, la justicia y la libertad en México, así como entender que el sistema de dominación política, encabezado ahora por una clase política diversificada y más numerosa, se ha opuesto a la real satisfacción de las demandas de amplios sectores de los diversos bajos del pueblo mexicano. Desde el punto de vista de la argumentación histórica,

el punto de partida se marca históricamente con el fin de la fase armada de la Revolución mexicana, con la derrota de las dos corrientes combativas encabezadas por Zapata y Villa, y el establecimiento de los gobiernos post-revolucionarios, cuyas administraciones perfilaron la sociedad de clases del país, con programas nacionalistas y de reformas trascendentes como la nacionalización del petróleo, de los ferrocarriles, la reforma agraria y otras políticas de Estado que fueron apoyadas por la gran mayoría de la población, en particular por las clases trabajadoras. El Estado mexicano debió enfrentar, en el sexenio de Cárdenas, al capital nacional y extranjero, opuesto a todas las reformas progresistas realizadas. La clase política gobernante se dotó de una extensa base social para enfrentar la resistencia del capital a estas reformas.

Por ello, organizó a las clases trabajadoras y las integró orgánicamente dentro del partido de Estado, en los sectores obrero, campesino y popular, sujetos a un férreo control estatal, a tal grado que se hizo un elemento de la cultura política dominante entre los asalariados esperar que las mejoras de sus condiciones de trabajo, salarios y prestaciones sociales emanaran del gobierno. Un fuerte paternalismo caracterizó a los gobiernos post-revolucionarios. El más poderoso y talentoso fue el del general Cárdenas, quien logró establecer firmemente el control corporativo de las clases trabajadoras, que fueron organizadas bajo la égida del Estado. Lo cual contrasta con la libertad y prácticas comparativamente democráticas con las que se organizó el sector del capital, para crear diversos organismos

patronales. En el sexenio de Alemán, el corporativismo entró en crisis, dado que los trabajadores habían, contra viento y marea, avanzado en su organización y concientización y se empeñaron en recuperar la dirección de los sindicatos para las bases trabajadoras. La respuesta del Estado fue imponer, contra la voluntad de los trabajadores, a los líderes charros de los principales sindicatos. Así, la aristocracia obrera devino integrante del poder político, funcionando dentro de los sindicatos como agentes del Estado. Las luchas que, como la de los maestros y la de los ferrocarrileros, tuvieron éxito en los cincuenta en recuperar democráticamente la dirección de sus sindicatos, fueron violentamente reprimidas.

El Estado mexicano transitó de aquella supuesta alianza con las clases trabajadoras, que le dieron la fuerza para enfrentar al capital nacional y extranjero en la realización de reformas esenciales, a favorecer los intereses de las pocas corporaciones mexicanas y las muchas extranjeras. La inversión de elevadas sumas de capital estadounidense en México, se tornó parte de la normalidad de una economía que presumía la existencia de un vigoroso sector público, que luego entraría en una profunda crisis



Anguiano. La legitimidad del Estado en duda.

de desestructuración y de privatización. Crecientes contingentes de trabajadores y de estudiantes universitarios entendieron que el llamado “nacionalismo revolucionario” y la “alianza” del Estado con obreros y campesinos, no pasaban de ser engaños descarados. Las diversas resistencias y rebeliones contra las políticas del Estado se multiplicaron, pero casi nunca se entrelazaron, lo cual las debilitó ante el inclemente poder represivo del Estado, que hizo añicos la legalidad y los más elementales derechos humanos. El movimiento estudiantil popular de 1968 fue un parteaguas de la historia de México.

La legitimidad del Estado fue puesta en duda, los priístas perdieron credibilidad, su hegemonía comenzó a tambalearse, ya que descansaba en una represión armada de los inconformes, cada vez más extensa. Así que debieron concebir algunas reformas superestructurales, consistentes en convencer a la oposición civil pacífica, de que la solución estaba en las contiendas electorales, en convocar al electorado a votar por el partido político de su preferencia, para que gradualmente la voluntad ciudadana mayoritaria expresada en el sufragio, se viera reflejada en las políticas públicas. Los sectores de las clases medias y altas que participaron en las reformas electorales, que establecieron el monopolio de la representación política como una prerrogativa de los partidos oficiales, apostaron a que la transición pacífica a la democracia tuviera lugar. Tal cosa no ocurrió, según el autor.

No ha ocurrido en el gobierno de la llamada 4T, que no es sujeto de análisis específico en esta obra, pero en las páginas finales aparecen algunas caracterizaciones respecto al mismo y, desde luego, a la rebelión zapatista en su relación antagónica con el régimen político actual, al cual los zapatistas denominaron en agosto de 2018 “la cuarta transformación del PRI”.